

les cristianos, apoyados, como ya hizo Jerónimo allá por el siglo IV, en testimonios rabínicos. Así queda demostrado en la exposición y explicación de la catequesis cristiana, que Santa Fe llevó a cabo en la Controversia de Tortosa (1413-1414).

Atendiendo a este aspecto, la obra de González Salinero presenta gran utilidad, no sólo para historiadores o filólogos del ámbito de la Antigüedad, también de etapas posteriores, pues aquí está la base de lo que sucederá en territorios como Castilla y Aragón en los siglos finales del Medioevo.—MACARENA CRESPO ÁLVAREZ.

BOVON, FRANÇOIS, *Los últimos días de Jesús. Textos y acontecimientos* (Colección Presencia Teológica 155. Sal Terrae, Santander 2007), 134p., ISBN: 978-84-293-1695-7

El exegeta suizo, últimamente afincado en la *Harvard Divinity School*, especialista en Lucas y en los apócrifos, nos ofrece un libro breve de divulgación sobre los últimos días de Jesús. En el prólogo (7-10) explica claramente sus intenciones: una reconstrucción histórica lo más exacta posible. Se sitúa en clave histórica, no teológica, consciente de las imbricaciones entre historia y teología. Ya desde el primer momento se advierte una preocupación por evitar aquellas interpretaciones de la muerte de Jesús que pudieran alimentar el antisemitismo. Como novedades sobre la edición francesa anterior, considera el *Evangelio de Pedro* como fuente histórica, presta mayor atención al funcionamiento y la identidad del Sanedrín, y pretende explicar con mayor detenimiento porqué considera que ninguna de las palabras de la cruz es auténtica. El prólogo a la primera edición francesa (11-12) da cuenta del programa y las intenciones originales, mantenidas en lo esencial.

Tras una breve introducción (13-14), en el primer capítulo (15-38) se repasan críticamente las fuentes disponibles para una reconstrucción histórica: Pablo, los *Hechos de los Apóstoles*, los anuncios de la pasión de los sinópticos, los relatos de la pasión de los evangelios canónicos, el *Evangelio de Pedro*, las *Actas de Pilato*, Josefo, el Talmud, Tácito y Mara bar Sarapion. Concluye con un útil resumen. Dado el carácter divulgativo, a pesar de la complejidad técnica, la argumentación se sigue con facilidad. Sorprende, sin embargo, la conclusión sobre el *Evangelio de Pedro* como fuente fiable y la negativa a adjudicarle un carácter doceta (29), a pesar de la afirmación: «Mas él callaba como si no sintiera dolor alguno» (EvPe 11). Tampoco valora negativamente ni extrae ninguna consecuencia de que sea el único relato de la misma resurrección de Jesús, con testigos oculares (EvPe 35ss).

El segundo capítulo (39-41) establece el punto de partida metodológico, basado en dos datos históricos firmes: la crucifixión y Pilato como autor de la condena. En el tercero (43-74) se detiene en el desarrollo de los hechos. Partiendo del ministerio de Jesús, centrado en la irrupción del reino de Dios, se aproxima hasta la última semana en Jerusalén, el proceso, la crucifixión, la muerte y la sepultura, valorando críticamente la fiabilidad histórica de las narraciones evangélicas. Como núcleos de su postura, destaca que el Sanedrín habría encontrado a Jesús culpable, sin necesidad de una sesión formal, pero probablemente con dos reuniones de al menos sus miembros más significativos. Para el Sanedrín, Jesús sería realmente un blasfemo, un seductor del pueblo y

un falso profeta, acusaciones presentes en el relato de la pasión. Resalta la crítica de Jesús al Templo, como un factor muy detonante. Posteriormente, el Sanedrín se las arregló para conseguir una condena de Pilato, buscando un fundamento con componente político, al que Pilato pudiera ser sensible. Lo encontró en la pretensión mesiánica de Jesús, también rechazada por el sumo sacerdote. Pilato habría conducido un proceso en regla según el reglamento propio de las provincias procuratorianas (*cognitio extra ordinem*). Inducido por los sumos sacerdotes, la muchedumbre y el silencio de Jesús, Pilato le juzgó culpable y condenó a recibir la flagelación y la muerte en cruz. La extenuación física habría impedido que Jesús pronunciara cualquier palabra en la cruz. Las que encontramos serían todas construcciones teológicas de los evangelistas, que leen la vida de Jesús como cumplimiento del plan de Dios.

El capítulo cuarto informa sobre tiempos y lugares (75-78) mencionados en el relato. Finalmente, en la conclusión (79-88) recoge los aspectos fundamentales de la teología de la resurrección. En apéndices se ofrece el final del *Evangelio de Lucas* (22,1-24,53) y el *Evangelio de Pedro* (1-60). Cierra el libro una bibliografía ordenada cronológicamente (113-121), muy útil para el estudioso; un índice de citas bíblicas (123-127), autores antiguos (129-131) y modernos (133-134).

Dentro de los estudios históricos sobre Jesús muchos aspectos siguen siendo discutidos por los especialistas. En un libro de divulgación no cabe el lugar para las discusiones detalladas. Lo que se puede pedir a un exegeta creyente es que la reconstrucción, siendo honesta, sea también coherente y congruente con la fe. La de Bovon lo es en muchos aspectos, incorporando incluso la proclamación de la resurrección, que se sale fuera del ámbito de lo históricamente verificable. Sorprende la contundencia con la que liquida toda posible historicidad de las palabras de Jesús en la cruz.—
GABINO URÍBARRI, S.J.

BARRETT, CHARLES KINGSLEY, *El evangelio según san Juan* (Ediciones Cristiandad, Madrid, 2003), 977p., ISBN: 84-705-7445-0

La obra que presentamos es ya un clásico en la bibliografía sobre San Juan. La primera edición (original inglés) apareció en 1955. En la edición inglesa de 1976 el autor enriqueció la obra con 100 páginas más, sin cambios sorprendentes, pero añadiendo referencias a Qumrán e incorporando elementos de los sinópticos y ampliando los temas teológicos. La aparición de este comentario ahora en castellano siguiendo la edición inglesa revisada y ampliada por el autor en 1978, es sin duda un acontecimiento editorial. La sustancia de esta obra tiene un valor permanente. El concienzudo análisis del texto griego y la referencia a las fuentes hebreas, arameas, griegas y de la literatura judía son una ayuda imprescindible.

En la *Introducción general* se tratan con toda detención las cuestiones principales. Estudia el dilema de alegoría o historia (p.25). En cuanto a las fuentes del Evangelio, según Barrett (p.46), Juan conoció a Marcos. En relación a la posible fuente de los signos que algunos autores señalan en Juan, Barrett opina que el texto, tal y como lo tenemos, no autoriza a distinguir entre lo que proviene de la fuente y lo que correspondería al trabajo redaccional. Según el mismo autor, no hay argumentos para una fuente de los discursos y es dudoso que la fuente Q haya existido realmente (p.47, nota 17).